

tica, y de ella sólo se sirvan para guiar y sujetar voluntades, han visto en lo pasado, y verán en lo porvenir, cómo se les deshace en las manos y cómo cae hecho pedazos el tirso de sus victorias efímeras. Es el desquite de la voluntad que reivindica su cetro.

La experiencia y la razón dicen con toda elocuencia que en cada uno de nosotros vive un cúmulo de tradiciones, costumbres, ideales que recibimos bajo la autoridad del grupo en que nacemos, pero que no nos pertenece realmente, como no nos pertenece el lenguaje en que expresamos la tradición o el ideal. Esta fe colectiva no viene a ser nuestra sino cuando en proceso de eliminación o de acrecimiento nos adaptamos a las condiciones de la sociedad en que vivimos. Es entonces cuando para cada hombre aparece la paz.

Esta identificación, libre, voluntaria, se extiende por asociación psicológica a los símbolos y a todas las representaciones espirituales de la vida nacional. En momentos de intenso patriotismo la Nación encarna en nosotros. Por la bandera de la Patria puesta en manos extranjeras damos la vida para recuperarla. Los grandes patriotas son grandes místicos.

Los tiempos heroicos son excepcionales. El curso ordinario de la vida no impone actos heroicos. El curso ordinario de la vida sólo impone el cumplimiento de pequeños deberes. En la fusión del individuo en la masa, en su identificación con la sociedad, en su cooperación en la obra común de redención, de rehabilitación; en este proceso espiritual, en este proceso ideológico de la voluntad está el hecho necesario y trascendental por el cual el hombre llega a constituir una criatura social. Es entonces cuando para la colectividad aparece la paz.

Todo lo que sabemos del alma es que ella se ha desarrollado en el proceso de la vida social, en la interdependencia de hombre y hombre. Todo lo que sabemos de la conciencia, de los más altos instintos humanos, de las emociones más nobles del corazón es que el instinto y la emoción se refieren siempre a la vida social y al ejercicio de una función preservadora del individuo y del grupo. Los estados de alma colectivos o altruistas son tan naturales como los estados de alma individuales; de donde se deriva que el egoísmo del individuo o del grupo, secta o partido, no tiene base en la biología ni en la psicología.

Concebir el alma desligada de las otras almas; concebir el destino del grupo desligado del destino de los otros grupos, es concebir sin alas, sin trascendencia, sin solidaridad, sin espiritualidad la democracia, que contiene la triple verdad de la libertad, la

igualdad, la fraternidad, tres fundamentos, tres piedras sobre que está edificada la psicología de la paz verdadera y fecunda.

Los seres humanos, pues, no viven en sí mismos, ni mueren en sí mismos. No son seres antisociales. Su ciencia y sus ilusiones, sus virtudes y sus vicios ejercen recíproca influencia por el hecho de la asociación.

La asociación libre, espontánea, voluntaria, no necesita en la paz de la misma disciplina que, en la guerra. Pensar por sí mismo, traducir con sinceridad en hechos los propios pensa-

mientos, respetar las ideas y los sentimientos de los demás al paso que da al que así procede una virtud y una fuerza incontrastables, asegura la bondad y la eficacia de la obra común.

Cuál de las tres religiones profesáis, preguntaba Wilhelm Meister. Todas tres, le contestaron; su reunión constituye propiamente la verdadera religión. De estas tres clases de reverencia surge, como de fuente de vida, el respeto supremo, el respeto de sí mismo, que es el ara santa de la paz del corazón de la familia humana.

Bogotá, 21 de noviembre de 1922.

Jinetes tropicales

POR ALFONSO FABILA

AUTOLÍ no tuvo culpa. La mujer era bella y ondulosa como crótalo de fermentado mosto. Servía fiel a su amo en la Hacienda, pero en la soledad tórrida, abstinente y acendrada de los campos tupidos de panojas, la sangre joven unió a ella el contacto ardiente y febril de sus deseos, y se amaron como las fuerzas fecundas de los barbechos y cañadas, sembrados de anaranjados trigales.

Antonio, cuyo era el nombre del amo, días ha que advirtió que su mozo de estribo, en cornamentas fastuosas su frente adornó, y así, con audaz calma, a diario, esperando siempre, por las tardes, iba con Autolí a calar los pencos en la llanada.

El patrón Antonio, parábase a distancia de cien metros, dando el pecho de su corcel de frente al picador, y Autolí, encarrerando su potro tordo, a cinco centímetros del amo, sobre las patas vivas, peluchadas y finas, volteaba su cuaco. Era costumbre del potentado terrateniente hacer así, y ¡ay! del que le diera por torpeza un caballazo, que al momento era azotado cruelmente como perro, injuriado con palabra de látigo, y despedido a descansar a su casa, si la tenía y ella era propia. Y esto sólo era una modalidad de su tirano carácter, pues cuando los mozos limpiaban los animales en la cuadra, él los visitaba, y sacando entonces el puño de su camisa de alba y coruscante seda, con él frotaba el anca de los corpulentos equinos, e igual, si ella levemente se manchaba, pobres servidores...

El latifundista mexicano, altanero y jayán, cobarde y holgante como buen rico, premeditó su venganza contra el mozo, y un día que fueron al campo y Autolí arrancó el caballo con bríos de charro decidido, y sentando al equino hasta tocar el pelo del caballo que portaba el amo, y habien-

do enseguida atacado con hábil mano las arriendas, cejó el penco, andando, andando, retrocediendo y temblando, hasta doscientos metros; de ahí, prendiendo las espuelas de Amozoc en los ijares, volvió a la carga por varias veces, y en girante rehileteo de pirotecnia, y en no pocas veces de ellas, al llegar a su sitio, sobre los flancos, movía a diestra y siniestra, y sobre las traseras al penco, el cual hendía pudoroso la cola entre las piernas. Pero en una de estas brillantes maniobras, cuando más fuerza Autolí imprimiera en la carrera del caballo, para sentarlo frente a frente del amo, éste, con malévolo disimulo, sacando su aguzado machete labriego, que llevaba en la silla vaquera, y en cuya hoja así decía: *Donde esta víbora pica, ni remedio de botica*. Comprimió imperceptiblemente las piernas sobre el abdomen del corcel, templó las arriendas, rechinó felinamente los dientes, y con fuerza guerrera sujetó el acero en su mano, y al llegar Autolí cerca de él, hundiendo las espuelas en las ingles al caballo, sobre los estribos enderezándose, estiró violentamente el brazo derecho y de una lanzada clavó el machete en el corazón de Autolí, quien cayó de espaldas, borbotando por la boca y pecho, una floración de crepúsculo. Antonio, con orgullo garboso de triunfo, saltó su penco ligero sobre el cadáver de Autolí, y se alejó sonriendo, sonriendo por los campos tiernos con clamor de espanto, mientras el potro negro del mozo, como símbolo de pujanza liberada, corría y corría por las praderas, haciendo resonar redoblantes sus cascos...

En Tenochtitlán, a 13 de diciembre de 1922.

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de donde proceden.